LEYENDAS MARIANAS

RECOPILADAS Y ADAPTADAS
EN PROSA Y VERSO

por

FRAY ANTONIO CORREDOR GARCIA
O.F.M.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7770-440-6
D.L.: Gr. 81-99
Impreso en: Azahara,SL
Printed in Spain

EL RETRATO DE LA VIRGEN MARIA

Se trata de una leyenda de la iglesia primitiva, tal como la recogió y arregló el escritor alemán Agustín Guillermo Schlegel... Como ya antes había dicho Horacio: «A los pintores y poetas siempre se les concedió el cometer toda clase de audacias» y audacia grande del romántico germano fue el retocar a su gusto la bella tradición, no muy fundada, de San Lucas como retratista de la Virgen María.

San Lucas tuvo un sueño. En él oyó estas palabras: «¡Ea, levántate y apresúrate a hacer el más bello de tus retratos! Pintada la Madre de Dios por tu mano despedirá una sin igual luz de vivos resplandores a los ojos de todos los cristianos».

Abandona él la casa, se envuelve en su manto y se va con sus colores, su pincel y su paleta. Camina silencioso, luego descubre la casa de María y llama a la puerta en nombre del Señor... Se la abre la Virgen, lo recibe bondadosa y le dirige palabras de amistad. Y el pintor le dice:

—Señora, honrad con vuestro favor la pobre inspiración pictórica que Dios me dio... Bendito sería mi arte si me fuera dado pintar vuestro santo rostro...

Ella contestó modestamente:

—A la verdad, cuando vuestra mano pintó la

El Retrato de María

imagen de mi Hijo, tuve una inmensa alegría, por más que cada día Él mismo desde el cielo me sonríe...

—Vos sois —dijo San Lucas— la única que no ve el puro resplandor de la belleza que brilla en vuestro rostro. Considerad que será muy consolador para los fieles el poder orar delante de vuestra imagen después que hayáis abandonado la tierra. Algún día vuestra gloria será celebrada por todas las lenguas...

—Pues bien, dispuesta estoy...

San Lucas comenzó su tarea. Los atentos ojos del pintor observaban con precisión todos los rasgos de la cara de la Virgen. Una viva luz llenaba el aposento, los ángeles entraban y salían de él. Algunos de ellos cooperaban a la obra del artista: uno le presentaba los pinceles, otro le preparaba los colores. Sobre las rodillas de María apareció el Niño Jesús.

Quedó terminado el esbozo. La noche interrumpió el trabajo del pintor. Este dejó su pincel, diciendo:

—No puedo terminar hoy... Volveré cuando la pintura se haya secado...

Pasaron algunos días. San Lucas volvió a llamar a la puerta de la casa, pero la dulce voz que tan amorosamente le había acogido la primera vez no le respondía. Le contestó una voz que no era la de María.

La Esposa del Espíritu Santo se había dormido como las flores cuando la noche derrama su rocío. Asombrado y alegre, San Lucas miró a todas partes, mas sus pupilas alzadas hacia el cielo no

pudieron penetrar en él... Temió poner la mano en el cuadro y el retrato quedó inacabado. Pero, aunque incompleto, aquel cuadro hizo la delicia de todos los fieles y despertó piadosos sentimientos en todos los corazones... De las comarcas vecinas y de otras más lejanas comenzaron a llegar peregrinos para verlo y cuantos lo contemplaban recibían en sus almas inefables bendiciones.

Este cuadro fue copiado mil veces y todos los cristianos pudieron ver las facciones de María tal como San Lucas las había reproducido. Este esbozo debía contentar la piedad y el amor de una larga serie de generaciones...

Pero lo cierto es que Lucas, médico convertido por San Pablo, autor del tercer Evangelio y de los «Hechos de los Apóstoles», es el evangelista que nos ha dejado el relato más completo de los hechos de la infancia de Jesús y el único que nos ha transmitido el relato de la «Anunciación del Arcángel a María en Nazaret», hecho trascendental del que no hubo testigo humano; lo cual permite suponer que fue la misma Virgen la que le refirió al detalle la celestial embajada.

Es San Lucas el único que nos ha transmitido el cántico del «Magnificat», que parece el himno triunfal de una Reina celestial. En él, sin falsa modestia, María profetizó que «todas las generaciones la llamarían bienaventurada»...

LEYENDA DE LA VIRGEN MARIA

Contaban las abuelas, y cuentan todavía,
un recuerdo de infancia de la Virgen María.

Siendo niña, la Virgen fue al jardín a jugar.
Florecieron las flores para verla pasar...
Con sonrisa de cielo, la chiquita María
mirábalas a todas y a todas sonreía...
Ellas, ingenuamente, le ofrecieron a coro
sus mejores encantos, todo un regio tesoro
de frescura y fragancia, de alegría y colores,
que es patrimonio viejo, muy viejo, de las flores.

Habló la rosa y dijo: «A mí la Primavera
me ha coronado reina... Si mil reinos tuviera,
con tal de complacer a la Virgen María,
¡los mil reinos, de hinojos, se los ofrendaría!»
Y asomaron los lirios, trémulos de blancura,
y asomó la azucena, como la nieve, pura,
y asomaron las dalias, con tiesura de diosas,
y las tiernas campánulas, menuditas y ansiosas,
sacudían sus cálices, brincando de alegría,
porque, al pasar, la Virgen también les sonreía,
tan dulce, tan graciosa, tan cariñosamente,
que todas se animaron a besarle la frente.

Mas la Niña bendita no escogió. Vacilaba...
Mirábalas a todas... y a ninguna cortaba.

Leyenda de la Virgen María

De pronto, casi ocultas debajo de las hojas,
vio que había unas flores gimiendo sus congojas,
tan tímidas que apenas levantaban la voz...
Era como si hablaran solamente con Dios...
Ya no dudó un instante. Llegó y, con gesto breve,
cortó las florecitas con sus manos de nieve...
Las dalias y azucenas se pusieron celosas,
y celosos los lirios, campánulas y rosas,
mientras por el sendero lentamente volvía,
Violeta entre violetas, la Reinita María...

Y Dios, que hace a las flores nacer en los sen-
[deros,
proclamó que los últimos serían los primeros.

ANGÉLICA FUSELLI

LA LEYENDA ANTIGUA DE SANTA MARIA DE GUADALUPE, EN EXTREMADURA

Publicamos, dividiéndola en cuatro apartados, esta antigua leyenda de la Virgen de Guadalupe.

PRIMERO

De cómo el Papa san Gregorio Magno veneraba en su oratorio una imagen de Santa María, sacándola en procesión cuando la peste asolaba la ciudad de Roma

Cuando reinaba en España el rey godo Recesvinto, era arzobispo de Toledo san Eugenio; de Sevilla, san Leandro, y san Gregorio, Padre Santo de Roma.

Veneraba en su oratorio este santo Pontífice, entre otras muchas reliquias, una imagen de Nuestra Señora Santa María, ante la que se postraba devotamente pidiendo fuesen inspirados sus comentarios de la Escritura. Quiso Dios que alcanzase esta gracia por intercesión de Nuestra Señora; pues está escrito que vieron una paloma blanca posada en el hombro del Pontífice: señal de que el Espíritu Santo inspiraba sus escritos. De su pluma salieron cuarenta sermones de los evangelios de la misa y otros comentarios del libro de Job.

Leyenda antigua de Sta. María de Guadalupe

Mientras el glorioso san Gregorio se ocupaba en estos menesteres, envió Dios a la ciudad de Roma una peste tan mortífera que azotó sin remisión a sus habitantes. Conociendo los estragos de plaga tan cruel, rezó san Gregorio ante la imagen de Santa María, por ver si Dios se apiadaba de la ciudad.

Inspirado por el Espíritu Santo, decidió el Papa pregonar el ayuno en toda la Urbe, para que clérigos y seglares, solteros, casados y viudas, rogasen a Dios que los librara de aquellos males.

Poco tiempo después, ordenó una procesión con todos los ciudadanos, formados cada uno según su estado. Iban delante los clérigos y monjes, luego los solteros, detrás los casados, finalmente las viudas. En la procesión cantaban la Letanía. (Desde entonces se ordenaron, en tiempos de necesidad, procesiones semejantes donde se cantaba la Letanía). Con esta ocasión sacó san Gregorio la imagen de Santa María de su oratorio.

Cuando concluyó el canto de la Letanía, que entonó el mismo Pontífice, se oyeron en los cielos voces angelicales que cantaban: «Reina del cielo, alégrate. Aleluya. Porque ha resucitado el Señor. Aleluya». Al punto apareció un ángel, sobre el castillo que hoy llaman del Santo Angel, limpiando una espada ensangrentada que llevaba en la mano, y, envainándola, acabó la peste. Y el Papa san Gregorio, con todo el pueblo romano, dio gracias a Dios por el gran favor que le había otorgado.

Terminada la procesión, se retiró el Papa a palacio, entronizando de nuevo la imagen de Nuestra Señora en su oratorio. Ante ella oró con lágrimas en los ojos, dando gracias a Dios y a su benidta Madre.

SEGUNDO

De cómo el Papa san Gregorio regaló la imagen de Santa María a san Leandro, arzobispo de Sevilla

Por entonces recibió san Leandro, arzobispo de Sevilla, una carta del Papa san Gregorio citándole para reunirse con él en la ciudad de Roma.

Regocijóse el arzobispo por ser tan santo el varón que la remitía, pero viendo que importantes asuntos impedirían satisfacer los deseos del Pontífice, se excusó por escrito, y, en su nombre, envió a su hermano san Isidoro, en compañía de otros nobles prelados.

Embarcóse san Isidoro con los demás prelados, y, llegando a Roma, se dirigió al Palacio apostólico. Enterado el Pontífice de que Isidoro y los prelados estaban en la ciudad, salió a las puertas del palacio para saludarlos con el ósculo de la paz.

Después que mandó alojar al séquito, recibió en sus aposentos a Isidoro. Rezaron juntos en el oratorio, luego abrió la carta de san Leandro, interesándose seguidamente por la situación de la religión en España.

«Padre Santo —respondió san Isidoro— no po-

cas dificultades tuvimos a causa de aquel rey arriano; pues, obstinado en la herejía, desterró a tres obispos y martirizó al mayor de sus hijos por mantenerse incólume en la doctrina y consejos del arzobispo Leandro. Antes de asesinarlo vilmente, lo encarceló en una de las torres de las puertas de la ciudad, la que llaman «Puerta de Córdoba».

«Enfermó luego el monarca arriano y, aunque conocía el error en que estaba, nunca quiso abjurar públicamente por temor a sus vasallos. No obstante, próximo a la muerte, mandó traer a su presencia al príncipe heredero, y le dijo: «Hijo mío, todo lo que profesa Leandro de la fe en Jesucristo es doctrina verdadera. Te mando que sigas sus consejos y creas sus enseñanzas».

Repuso san Gregorio:

«Hijo, cuánto agradezco, a pesar de todo, que no haya venido el arzobispo. El también me refiere en su carta la última voluntad del monarca arriano, aconsejando al príncipe a seguir la doctrina de Leandro. No hay, pues, peligro de que la herejía arriana se propague en España».

«Llamé a Leandro y a los demás prelados —continuó el Pontífice— para tratar con ellos algunas disposiciones sobre el culto divino, y, aunque él no esté presente, le agradará lo que Nos ordenemos y dispongamos».

«Me pide aquí vuestro hermano, el arzobispo, mis escritos sobre el libro de Job y los sermones del Evangelio: se los enviaré. Deseo, además, que tú permanezcas conmigo. (Sabía san Gregorio que Leandro mantenía a su hermano encerrado

en palacio, a fin de que se aplicase en el estudio de la escritura y porque no pecase de indiscreción con la vista). Mira los que deseas queden contigo y el resto lo enviaré al arzobispo».

«Es mi voluntad —añadió— enviarte este icono de Santa María, que hasta el presente he venerado en mi oratorio, y esta Cruz, y un palio (sabéis que el palio es un distintivo que el Papa concede a los arzobispos para llevarlo sobre el pecho). Le enviaré, además, reliquias, los escritos de moral, los sermones, el Diálogo y otros libros piadosos que le ayuden en su contemplación».

—«Hágase todo como mande Vuestra Santidad», asintió san Isidoro.

Mandó el Papa san Gregorio se dispusiesen a partir los que habían de volver a Sevilla. Luego ordenó preparar un arca muy noble, en la que se colocó el icono de Nuestra Señora, la Cruz y las reliquias, los escritos de moral y los otros libros. Acompañó estos presentes con un escrito dirigido a san Leandro, en el que le notificaba sus donaciones. Después de entregarlo todo a los prelados, los despidió. Estos se encaminaron al puerto y embarcaron rumbo a Sevilla.

Durante la travesía, desencadenó el diablo un fuerte temporal, haciendo zozobrar el navío donde viajaban.

Fue entonces cuando un santo clérigo corrió hasta el arca donde pusieron la imagen de Nuestra Señora y, cogiéndola en brazos, la sacó a cubierta. Al instante todo el navío refulgió vivísimamente, cesando la tormenta. Así nuestros prela-

dos pudieron proseguir su viaje en calma hasta arribar en Sevilla.

¡Oh Señora, con razón te aclama la Iglesia: Estrella del mar, Camino de salud, Puerta de salvación!

Salió san Leandro a las puertas de su palacio para recibir la comitiva y, después de abrazarlos con alegría y desearles la paz, se interesó por san Isidoro.

—«Monseñor —le respondieron— por expreso deseo del Papa Gregorio, vuestro hermano se ha quedado en Roma; de ello os habla el Papa en la presente carta».

Entró Leandro en su aposento, y, sacando del arca, con toda reverencia, la imagen de Santa María, la entronizó en su oratorio con las otras reliquias.

¿Quién podrá describir el gozo que inundó al arzobispo Leandro al recibir estos regalos de tan santo Pontífice?

TERCERO

De cómo los cristianos de Sevilla huyeron con la imagen de Santa María, la Cruz y las otras reliquias, escondiéndolas en unas altas montañas, cerca del río Guadalupe

En los días de don Rodrigo, se llegaron a subyugar grandes territorios, sometiendo a muchos reyes moros y obligándoles a pagar vasallaje.

Hubo en España, por aquel tiempo, un gran Conde llamado don Julián, al que mandó don

Rodrigo a los territorios de ultramar para recolectar los tributos de los reyes agarenos, guerreando, si preciso fuere, con los que se negasen a pagar.

Embarcó el Conde y cruzó el Estrecho. Los moros salieron a recibirlo con los mismos honores que si del propio Rey se tratase. Luego recibió los tributos sin resistencia y generosamente.

En ausencia del Conde don Julián, pretendió el Rey a la Condesa. Cuando aquel regresó de su empresa, se llegó a su mujer. Esta le dijo: «Deteneos, mi señor; en vuestra ausencia ha entrado el Rey en mi alcoba». Enojóse mucho don Julián y maquinó, hostigado por el diablo, arrasar el reino de España, vengándose de lo ocurrido.

Se presentó el Conde ante el Rey y le habló de esta manera:

—«Majestad, tened a bien escuchar lo que os voy a decir. Ya veis que todos los reyes musulmanes se someten a vuestro mandato. No hay necesidad de que sigáis repartiendo tierras a vuestros caballeros y escuderos, ni que se adiestren para la guerra. Os aconsejo, pues, con toda reverencia, que mandéis destruir el armamento, enviando a vuestros siervos a labrar la tierra y a criar en los campos; otro tanto haré yo con mis criados».

Pareció al Rey muy sabio el consejo del Conde y se apresuró a ponerlo en práctica.

Cuando comprobó don Julián que las órdenes del Rey habían sido acatadas y que las ciudades estaban abandonadas, se presentó nuevamente al Monarca comprendiendo que sonaba la hora de

su venganza. Dijo el Conde a don Rodrigo: «Majestad, deseo atravesar el mar y traeros los tributos que percibí de los reyes moros». El Rey lo dejó partir.

Pasó don Julián a tierra de moros y conspiró con todos sus reyes, especialmente con el sultán Dusabrán. Instigó a éste a invadir a España, hasta someterla enteramente, con el pretexto de acrecentar así la religión islámica, aniquilando la religión de los cristianos. Arguyó el Conde haber preparado la derrota cuando aconsejó a su Rey el desarme de las tropas y el fomento de la vida agrícola y ganadera.

Confiados en las palabras del Conde, los reyes moros pusieron sus ejércitos en pie de guerra. Y fueron tantos los que desembarcaron en Gibraltar que no podían contarse.

Invadida por el musulmán, la ciudad de Sevilla se dio a la fuga. Entre los fugitivos se hallaban unos santos clérigos que trajeron consigo la imagen de Nuestra Señora, la Cruz y las otras reliquias. Con estos presentes, atravesaron cañadas y caminos, hasta cruzar un río que llaman Guadalupe, donde se alzan altas montañas.

Fue en estos parajes donde los santos clérigos excavaron una cueva, cercándola con peñascos. Colocaron en el fondo la imagen de Nuestra Señora, una campana y el escrito donde se contaba cómo aquel icono de Santa María fue donado por san Gregorio a san Leandro, arzobispo de Sevilla, junto a otras reliquias. Cubrieron la cueva con losas y tierra y se marcharon. En tierras de Al-

maraz dejaron de igual forma la Cruz, huyendo luego a las montañas de Castilla la Vieja.

No os extrañéis si en la huida no hicimos mención de san Leandro; pues, cuando los clérigos huyeron de Sevilla, Nuestro Señor ya se lo había llevado a su gloria. Con él vive y reina para siempre jamás. Amén.

CUARTO

De cómo se apareció Nuestra Señora Santa María a un vaquero de Cáceres, enviándolo a su tierra en busca de clérigos y laicos que cavasen en aquel lugar hasta desenterrar una imagen suya que allí estaba oculta

Cuando la espada agarena hubo arrasado gran parte de España, quiso Dios robustecer el corazón de los cristianos para que reconquistasen las tierras perdidas, cosa que se logró en su mayor parte.

Digamos, para abreviar, que el noble rey don Alfonso ganó gran parte de Castilla, librando con los moros grandes batallas, como la de las Navas de Tolosa, donde fue exaltada la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Desde aquí los abatió con tal fuerza que ya nunca levantaron cabeza. En su campaña ganó Ubeda y Baeza y otros muchos lugares del Guadalquivir abajo y Sierra Morena. Murió don Alfonso y Nuestro Señor llevó su alma a la gloria.

En el reinado de su nieto, el rey don Fernando, se ganó la muy noble ciudad de Sevilla y otros

Leyenda antigua de Sta. M.ª de Guadalupe

muchos sitios. Muerto don Fernando, Nuestro Dios llevó su alma a su santo reino. Le sucedió su hijo don Alfonso, el que ganó Algeciras y murió en Gibraltar.

En los días del rey don Alfonso, se apareció Nuestra Señora a un vaquero, en las montañas de Guadalupe.

La aparición fue de esta manera:

Estaban unos pastores guardando vacas cerca de la aldea de Alía, en el lugar que llaman «dehesa de Guadalupe». Uno de ellos echó de menos a una de sus reses. Tres días anduvo solitario en su búsqueda. No encontrándola en los aledaños, se adentró en las montañas que están río arriba. Al llegar a un espeso robledal, avistó muerta a su vaca cerca de un venero. Acercándose a ella, comprobó extrañado que ni había sido atacada por los lobos, ni presentaba herida alguna.

Desenvainó, pues, su faca para desollarla, abriéndola en cruz por el pecho, según se acostumbra a desollar. Hecha la cruz en el pellejo, se levantó tranquilamente el animal, ante el estupor del vaquero. Fue entonces cuando se apareció Nuestra Señora y habló al vaquero con estas palabras:

—«No temas. Soy la Madre de Dios por la que el género humano alcanzó la redención. Conduce tu vaca hasta el hato y júntala a la manada, pues de ella nacerán otras en recuerdo de la visión que aquí tuviste. Marcha en seguida a tu tierra y di a clérigos y laicos que vengan al lugar de mi aparición; que caven aquí y hallarán una imagen mía».

Desapareció Santa María y el pastor condujo a su res hasta la vacada. Contó a sus compañeros todo lo que le había acaecido. Los vaqueros se burlaban de él.

—«Compañeros —respondióles el vaquero— no menospreciéis estas cosas, y si no creéis mis palabras, convenceos por la cicatriz que la vaca trae en la piel».

Y los vaqueros, viendo la cicatriz en forma de cruz, le creyeron.

Despidióse el vaquero de sus compañeros y marchó a su tierra. Por dondequiera que pasaba, iba pregonando las maravillas que había visto.

Era nuestro vaquero natural de la ciudad de Cáceres, donde vivían su mujer e hijo. Al llegar a casa, encontró a la mujer llorando, pues había muerto su niño.

Dijo el vaquero a su esposa:

—«No llores ni te acongojes. Prometo que Santa María de Guadalupe nos lo devolverá vivo y sano, y yo se lo presentaré para que sirva en su casa».

Dicho esto, se levantó el muchacho y dijo a su padre:

—«Padre mío, dispongámonos a emprender el camino a Santa María de Guadalupe».

Todos los que habían presenciado el milagro creyeron maravillados todo lo que a continuación refirió el vaquero sobre la aparición de Nuestra Señora Santa María.

Se presentó el vaquero ante la Clerecía de la ciudad, diciéndoles:

—«Sabed que se me ha aparecido Nuestra Se-

ñora en las montañas que están cerca del río Guadalupe, y me envía a anunciároslo para que vayáis al lugar de la aparición y cavéis hasta encontrar una imagen suya allí enterrada. Sacadla y levantadle una ermita.

«Me dijo también que todos los que estuvieren al cuidado de su Casa diesen de comer, una vez al día, a todos los pobres que allí vayan; pues atraería a su casa de Guadalupe a muchas gentes, de cualquier parte, por los muchos milagros que se obrarían en todo el mundo, así por mar como por tierra. También me dijo que sobre aquella gran montaña se asentará un pueblo».

Cuando la Clerecía y otros muchos ciudadanos de Cáceres escucharon estas cosas, emprendieron el camino hasta el lugar donde apareció Nuestra Señora. Al llegar, comenzaron a cavar en el sitio donde el vaquero señaló la aparición de Santa María. Hallaron la cueva que ya conocéis, sacaron la imagen de Nuestra Señora, una campana que estaba junto a ella y la losa sobre la que reposaba la imagen. Todas las piedras que rodeaban el sepulcro fueron quebradas y llevadas por reliquias. Luego edificaron una pequeña ermita con piedras y palos verdes, cubriéndola con corchas, ya que cerca de allí crecían abundantes alcornoques.

Acompañaron a la comitiva muchos enfermos de diversas dolencias, que, al acercarse a la imagen de Santa María, recobraban la salud. En el camino de vuelta, todos alababan a Dios y a su bendita Madre por las maravillas que había obrado con ellos.

Quedóse el vaquero con su familia como guardianes y servidores de la casa de Santa María de Guadalupe.

Cuando se propagó por España la noticia de los milagros, acudieron a este lugar personas de todas partes para visitar la ermita y reverenciar a Santa María.

También llegó a oídos del rey don Alfonso, del que hablamos más arriba, la noticia de los milagros, y mandó copiar en sus crónicas reales el escrito que hallaron junto a la bendita imagen.

Poco tiempo después, hubo una batalla contra los moros en la que el mencionado Rey atisbó la derrota. Y, encomendándose a Santa María de Guadalupe, se alzó con la victoria.

Terminada la batalla, vino a cumplir el voto que hiciera a Nuestra Señora, trayendo parte del botín para el servicio de esta Casa. Durante muchos años sirvieron a la manutención de los peregrinos unas ollas de metal que, en tal ocasión, trajera el victorioso rey don Alfonso.

(Adaptación de
Fr. Antonio Arévalo Sánchez, o.f.m.)

EL CELESTIAL REGALO
(La casulla de San Ildefonso)

Fue un santo varón, sabio y piadoso. Se llamaba Ildefonso. Por sus virtudes le elevaron a la silla arzobispal de Toledo y hoy le veneramos en los altares. Desde muy niño se consagró al Señor, entrando para servirle en el Monasterio de Agalia, en las inmediaciones de la ciudad. Para ello no sólo pospuso todas las cosas mundanas, sino que, movido por alta inspiración, contrarió los deseos expresos de su padre, quien, aunque llegó a penetrar en el cenobio con buen golpe de gente armada, no pudo dar con su hijo, el cual, favor extraordinario del cielo, permaneció oculto y a salvo.

El monasterio agaliense era una de las famosas escuelas monásticas de entonces. Ildefonso aprovechó sobresalientemente las enseñanzas de aquellos maestros y después marchó a Sevilla a fin de perfeccionar sus conocimientos al lado de San Isidoro, la más alta cumbre del saber de la época. Y, en verdad, el discípulo honró a sus maestros, porque «era —según lo retrata un contemporáneo suyo— grave en la presencia, humilde, paciente, insuperable en la sabiduría, agudo en sus razonamientos y tan favorecido en las gracias de la elocuencia que, cuando hablaba, parecía que el mismo Dios hablaba por su boca».

El Celestial Regalo

Recibió órdenes sacerdotales de manos de San Eladio y, al morir otro bienaventurado, San Eugenio, fuele forzoso resignarse a dejar la quietud monástica, donde había brillado como espejo de la comunidad y reformado las costumbres y norma de vida de los monjes, para ocupar la sede metropolitana de Toledo. Y este santo arzobispo, cuya «virtud fue como ardiente antorcha que iluminó toda España; su doctrina, como sol y luna que resplandecieron en la Iglesia; su memoria, como bendición de olor y composición de incienso», uno de los más grandes del siglo VII, recibió singulares favores del cielo. Se hizo así patente y manifiesta a los ojos del mundo la santidad de la vida de Ildefonso.

* * *

Entre las obras brotadas de la pluma del Santo hay una, conservada como monumento cultural de la época visigoda, escrita por él con singular delectación y cariño: «De perpetua virginitate Sanctae Mariae».

Dos herejes, Helvidio y Joviniano, y un judío, habían escrito un libro cuajado de blasfemias contra la Virgen y, como respuesta viva y aplastante, surgida al calor del amor y veneración del Santo a la Madre de Dios, nació el tratado de «La Perpetua Virginidad de María Santísima». En él la inspiración y el celo de San Ildefonso rebosa de natural y verdadera elocuencia, donde armoniosamente se templan la dulzura con la fortaleza: rigidez como de acero para confundir

al adversario, y fervor suave y candorosísimo para publicar los loores de la celestial Señora, que pocas veces han sonado más bellos en ninguna lengua humana. Y aun, impulsado por este amor y devoción a la Reina del Cielo y por el deseo de que fuese honrada y venerada debidamente por el pueblo cristiano, trasladó la fiesta de la Anunciación —«cuando Gabriel vino con el rico mandado»— celebrada, como ahora, en marzo, por ser tiempo de cuaresma, entonces muy rigurosa —«tiempo de quaresma es de aflicción, —nin cantan aleluya, nin facen procesión»— a diciembre. Reformó, además, el oficio de aquel día, enriqueciéndolo con nuevos himnos y oraciones. Pero bien correspondió la «Gloriosa» al amor de su siervo.

* * *

Todo Toledo acudió a la fiesta de la Virgen. El santo arzobispo levantóse a maitines y entró en la iglesia seguido de su clero. Pero, al penetrar en el templo la comitiva, todos quedáronse atónitos y asombrados. Una luz vivísima los deslumbró de tal suerte que, dejando caer las antorchas, retrocedieron despavoridos. Quedó San Ildefonso rodeado de ángeles y resplandores. Una dulce armonía se escuchaba y un perfume suavísimo, de gloria, embalsamaba el ambiente. Y allí, sobre la misma ebúrnea cátedra desde donde el santo prelado solía predicar al pueblo las glorias de María, apareció la Señora, radiante, hermosísima, sonriente. Traía en sus divinas manos un

presente prodigioso: una maravillosa casulla de seda y oro, refulgente de perlas y finas pedrerías, hecha por manos angélicas en los talleres del Cielo...

«Bien has escrito de mí, Ildefonso —dijo la celestial Señora con voz incomparable—. Acércate, carísimo siervo de Dios; recibe de mis manos este don que traigo para ti del tesoro de mi Hijo; úsale sólo en el día de mi festividad. Y como siempre tuviste los ojos fijos en mí y el ánimo dispuesto a mi servicio, y ceñiste tus lomos con el cíngulo de la virginidad, y con la dulce elocuencia de tu labio derramaste, en los corazones de los fieles, mis glorias y loores, adórnate ya en esta vida de la túnica de la gloria para alegrarte después en mi morada con los demás siervos.»

«Cayó extático San Ildefonso al recibir la sagrada casulla, sonó de nuevo la dulce armonía de las legiones angélicas y esparcióse por los ámbitos de la basílica suave humo de incienso, mientras los ojos de San Ildefonso permanecían clavados en el ábside, como queriendo retener la visión que desaparecía...»

En la Catedral de Toledo, en el hueco de un pilar, tras una reja pequeñita, hay una piedra marmórea desgastada a fuerza de tocarla. Cuantos pasan por allí, meten la mano por la reja, tocan la piedra devotamente y se besan la punta de los dedos, repitiendo estas palabras allí escritas: «Adoremos el lugar donde descansaron sus pies». Es que, para eterno recuerdo de la visita memorable, Dios quiso que quedaran grabadas de manera sensible las huellas de su Madre Santísima, donde puso los pies.

* * *

Nueve años y diez meses ocupó San Ildefonso la silla metropolitana de Toledo (657-667), irradiando desde la cátedra episcopal los tesoros de la sabiduría, virtud y santidad suyas. Influyó decisivamente en los acontecimientos políticos y eclesiásticos de la época. Y, cuando a Dios plugo, subió al Cielo a recibir el premio merecido. El púlpito desde donde explicara el santo obispo, que los pies de la Madre de Dios santificaron, fue tenido en respeto y veneración suma. Ninguno de los sucesores volvió a ocupar aquella cátedra, ni a usar la casulla preciosa, reliquia celestial. Pero en cierta ocasión el cabildo elevó a la silla arzobispal a un canónigo, «soberbio y de seso liviano». Quiso igualar al santo en los honores, aunque no en las virtudes. Hizo traer la casulla celeste para celebrar con ella. Vistiósela, pero aunque la santa vestidura era amplia en exceso, tan pronto se la puso comenzó a menguar, e hízose tan angosta que cogióle el cuello como dura cadena y «fue luego enfogado (ahogado) por su gran locura».

Así lo cuenta el «maestro Gonzalo de Berceo famoso», quien pone al relato del milagro estupendo con el que la Virgen honró a San Ildefonso, el sabroso colofón de estas palabras: Si a tal Madre servimos, buscamos nuestro provecho; «honraremos los cuerpos, las almas salvaremos, por poco de servicio gran galardón habremos».

Santos Díaz Santillana

EL NIÑO JUDIO SALVADO POR MARIA

—¡Qué terrible es el fuego del infierno, como nos han explicado hoy en el catecismo!

—Cuando el sacerdote nos hablaba, yo estaba imaginándome el horno de vidrio que está en la casa de nuestro amigo Samuel. Cuando su padre lo pone echando llamas, parece verdaderamente un infierno.

—¡Pobre Samuel! Tan simpático y tan buen amigo, y todavía no es cristiano.

—Y lo peor es que, si su padre se enterase de que anda con nosotros, le pegaría muy fuerte.

—Es alegre y simpático, y todos le queremos por amigo.

—También a él le gusta venir a jugar con nosotros. ¡Mira! Precisamente viene por ahí.

—¡Hola, Samuel! ¿Quieres jugar con nosotros a la orilla del río?

—¡Claro que sí! Pero, ¿no llegaremos tarde a la escuela?

Así hablaba un grupo de niños por los alrededores de la ciudad francesa de Borges. Luego, todos ellos se lanzaron contentos a jugar.

En su barrio tenían una escuela donde aprendían a leer y a cantar. El maestro era un piadoso sacerdote, que con frecuencia los llevaba a la iglesia y les enseñaba a recibir la sagrada Eucaristía.

El niño judío no se apartaba de sus amigos

El Niño judío salvado por María

cristianos; iba con ellos a la escuela y recogía muy bien las explicaciones del maestro.

Llegó el día grande de los cristianos, el día de Pascua florida, y las campanas llamaban a la Misa de comunión.

—¡Adiós, Samuel! Nosotros vamos a Misa y a comulgar... ¡Qué pena que tú no puedas venir!

—¿Y por qué no puedo ir yo? —se quedó pensando Samuel, mientras sus amiguitos se iban tan contentos a la iglesia.

Y se decidió:

—¡Yo también iré a la iglesia de los cristianos, que celebran hoy su gran fiesta de Pascua florida.

Entró en el templo cuando llegaba el piadoso instante en que el sacerdote comenzaba a repartir la sagrada comunión.

Desde el fondo de la iglesia, el niño judío miraba hacia el altar. Y entonces, aquel mismo Jesús, que también era judío y que había dicho: «Dejad que los niños se acerquen a Mí», quiso atraerse al niño Samuel.

Vio éste de pronto en el altar, y como sentada en un brillante sillón de oro, a una Señora con su Niño en los brazos, que sonreía y bendecía a cada uno de los pequeñuelos que se acercaban a comulgar.

El judío entendió que aquella Reina bellísima era Santa María y que su hijo era Jesús. Se sintió tan atraído, que dio algunos pasos hacia adelante, se mezcló en el grupo de los niños que se acercaban al comulgatorio y comulgó también, sintiendo una intensa felicidad interior.

Sonaban las campanas de pascua en la iglesia

cristiana y repicaba también la alegría en el corazón del niño judío. No pudo disimularla cuando llegó a su casa. Su padre le preguntó:

—¿Dónde has estado?

Samuel respondió inmediatamente:

—He estado en la iglesia de los cristianos... Mientras ellos comulgaban he visto una Señora bellísima con su Niño en los brazos que parecía estaba invitando para que yo comulgara también... No pude decirle que no y me acerqué al altar... Siento una alegría inmensa por haber recibido al Dios de los cristianos...

El padre le interrumpió inmediatamente; se encendió de ira y comenzó a maldecir como un endemoniado.

No sólo golpeó a su hijo y lo arrastró por el suelo, sino que lo condujo hasta el horno donde fabricaba el vidrio y lo metió dentro para que fuera consumido por el fuego.

—¡Misericordia, padre mío! ¡No me arrojes al fuego! —gritaba el niño con acento capaz de conmover a las rocas.

Pero el hombre, más duro que ellas, lo empujó hasta dentro y cerró la puerta del horno para que el hijo desapareciera entre las llamas.

A los gritos del inocente que pedía misericordia acudió la madre.

Al conocer ésta lo ocurrido, comenzó también a lanzar lamentos desgarradores, que alborotaron a todo el vecindario.

Acudió la gente:

—¿Qué ocurre, que todo el mundo está gritando?

—Dicen que el niño Samuel se ha caído al horno de vidrio en casa de su padre, el judío.

—No; dicen que su propio padre lo ha arrojado al fuego...

—¡Ese hombre es peor que los demonios!

—¡...Pobre madre! ¿Quién la podrá consolar?

Y los más decididos corrieron al horno, hicieron huir al judío con sus palos y amenazas, y abrieron la puerta para rescatar, por lo menos, las cenizas del niño.

Mas... ¡oh sorpresa y alegría!, lo encontraron sano y salvo y lo llevaron a su madre.

La buena Raquel, al mismo tiempo que le abrazaba y besaba, no cesaba de mirar a la cara y al cuerpo del niño, como buscando el lugar de las quemaduras; pero lo encontró perfectamente sano...

—¿Qué ha sido esto, hijo mío? ¡Cuéntame cómo estás aquí, habiéndote arrojado tu padre al fuego!

—Yo te lo diré, querida madre. No he padecido dolor ninguno, ni siquiera me ha molestado el calor. En cuanto caí en las llamas, aquella bellísima Señora que vi en el altar y que me llamaba para darme la comunión con su Niño en los brazos, se me volvió a presentar. Retiraba con sus manos las llamas de mi cuerpo, me refrescaba el ambiente y me decía que no tuviera miedo, que nada malo había de ocurrirme. ¡Qué buena y qué poderosa es la Madre de Jesús!

Entre los que oían al niño había algunos judíos que, tocados por la divina gracia, cayeron allí mismo de rodillas y comenzaron a alabar a Santa

María y a su divino Hijo Jesús, creyendo que éste es el verdadero Mesías, Hijo de Dios, venido al mundo para salvarnos a todos.

Los cristianos manifestaban su alegría alabando también a Dios y diciendo al niño judío:

—Ya ves qué bueno es Jesucristo, ¡Hijo de María, Hijo de Dios! También tú serás cristiano como nosotros.

Y en efecto, Samuel fue bautizado, y desde entonces se conserva en la ciudad de Borges el recuerdo del niño judío que, habiendo recibido la comunión en la mañana de Pascua, no padeció el fuego de las llamas, porque la hermosa Señora, Madre de Jesús, descendió al horno para guardarle y fortalecerle...

(«Hosanna». Año XXIX. Núm. 1481)

BAJO EL MANTO DE MARIA
(Leyenda renana del monje Cesáreo de Heisterbach)

En un convento de Cistercienses vivía un monje, devotísimo de nuestra Señora. Su pensamiento y su corazón estaban puestos siempre en Ella. Con suma diligencia le servía en todo aquello que, a su parecer, era del agrado de la Virgen.

En atención a sus méritos, Dios le otorgó la gracia de ser transportado al cielo algunos años antes de su muerte. Inundado de gozo, saboreaba las delicias de los Bienaventurados, que superan con mucho todo lo que en la tierra podemos decir o pensar. Contemplaba, absorto, la multitud inmensa de los Santos, la diversidad de su gloria dentro de la común felicidad de todos. De repente un pensamiento le turbó. Comenzó a mirar inquieto a una y otra parte, y no veía a ningún religioso de su Orden entre los innumerables moradores de aquel lugar de felicidad incomparable.

Lleno de ansiedad, cruzó su mirada con la dulce mirada de María. La Virgen leyó en aquellos ojos turbados toda la angustia que oprimía su corazón. Se acercó al piadoso monje, y éste le preguntó nervioso:

—¿Por qué razón, celestial Señora, no veo entre los Bienaventurados a ningún representante de la Orden de los Cistercienses? ¿Acaso no son tus siervos? ¿No se esfuerzan en servirte hacien-

do cada día lo que a ti te agrada? ¿Por qué, entonces, son excluidos de tu compañía en la gloria? ¿Es que ninguno de ellos ha merecido todavía este premio? Los interrogantes se agolpaban en la mente y en los labios del monje, que se hallaba totalmente desconcertado.

La Virgen, conmovida por la turbación de aquel devoto suyo, le respondió:

—No te inquietes, hijo. Los monjes Cistercienses son tan queridos para mí por la devoción que me profesan y el amor con que me sirven, que quiero tenerlos siempre muy cerca de mi corazón y no separarme nunca de ellos; por eso los llevo a mi lado, amparados en mi manto. Y alzando sus manos, desplegó la regia capa con que envolvía su cuerpo y allí apareció una multitud de Cistercienses: Sacerdotes, Hermanos conversos y monjas, dando muestras de un gozo, una alegría y una satisfacción desusada en nuestra tierra. Con esta inesperada visión, el monje se alegró sobremanera y, como por encanto, se disiparon todas sus angustias y temores.

En aquel instante su alma volvió al cuerpo y se despertó de aquel prolongado letargo, en que anticipadamente se le había permitido contemplar la gloria del cielo. Lo primero que hizo, al recomenzar su vida ordinaria, fue narrar punto por punto a su Padre Abad todo lo que había visto y oído más allá de las fronteras de la muerte. El Abad, a su vez, contó lo sucedido en la reunión capitular que tuvo poco después con los restantes Abades de la Orden. Todos se alegraron mucho al escuchar las palabras de la Virgen, y

tener noticias de la suerte que aguardaba a los Cistercienses al término de esta vida. Y todo ello les animó a esmerarse más cada día en el servicio a la Virgen y a enardecerse otro tanto en el amor a la celestial Señora.

(«Miriam»)

HISTORIA DE UN DOBLE MILAGRO

La iglesia románica estaba en la cumbre de la montaña. En el centro del altar mayor se destacaba la figura menuda y graciosa de la Virgen, patrona de aquella región. Muy alta estaba la cumbre, y muy temprano debían emprender su peregrinación los romeros para asistir a la misa mayor de la fiesta.

Las escaleras que daban acceso a la iglesia se prolongaban, en brusco recodo hacia abajo, hasta la boca de una gruta donde la piadosa tradición señalaba la aparición de la Señora. En la gruta sólo había unos ex votos en las paredes, un rústico altar, con una imagen de la Virgen, y una lamparilla colgada del techo.

El santero, hombre tosco y bueno, me condujo aquella tarde de agosto a la iglesia, y, después de visitarla, nos sentamos a la sombra de unas acacias.

—Muy hermoso es todo esto —comencé a decir—, pero muy solitario. Poca gente debe de acudir a estas alturas.

—No mucha —respondió el santero—. Pero el día de la fiesta... Da gloria ver estas laderas llenas de peregrinos que suben a cumplir sus promesas y a rezar de cerca a la Virgen.

—Por cierto —le dije—, que debe de ser muy